

Genio y locura

Hugo Hiriart

Es un volumen de Karl Jaspers, no editado en nuestras prensas universitarias, me disculpo por eso, pero es que estoy escribiendo en Nueva York y al salir a abordar el avión, todavía oscuro en la mañana, más parecía yo gallo que pasajero, olvidé mi computadora, y con ella el libro de doña Luisa Josefina Hernández, ése sí de la UNAM, sobre el que pensaba hablar. Ante eso, preferí escribir sobre un libro que no fuera de nuestra editorial a faltar a mi compromiso. Así que comencemos.

El libro se llama, en realidad, *Strindberg y Van Gogh* y es un estudio sobre los dos preclaros dementes, más visitas ocasionales a Swedenborg y Hölderlin, otros dos lunáticos egregios. Nadie mejor que Jaspers, el psiquiatra, para pasarlos al consultorio e intentar algún diagnóstico de sus males; psiquiatra digo, además de ser Jaspers, como se sabe, filósofo de corte existencialista, rebelde y claridoso toda su vida (adversario del marxismo, del psicoanálisis y de aberraciones como el nazismo, del que fue enconado opositor).

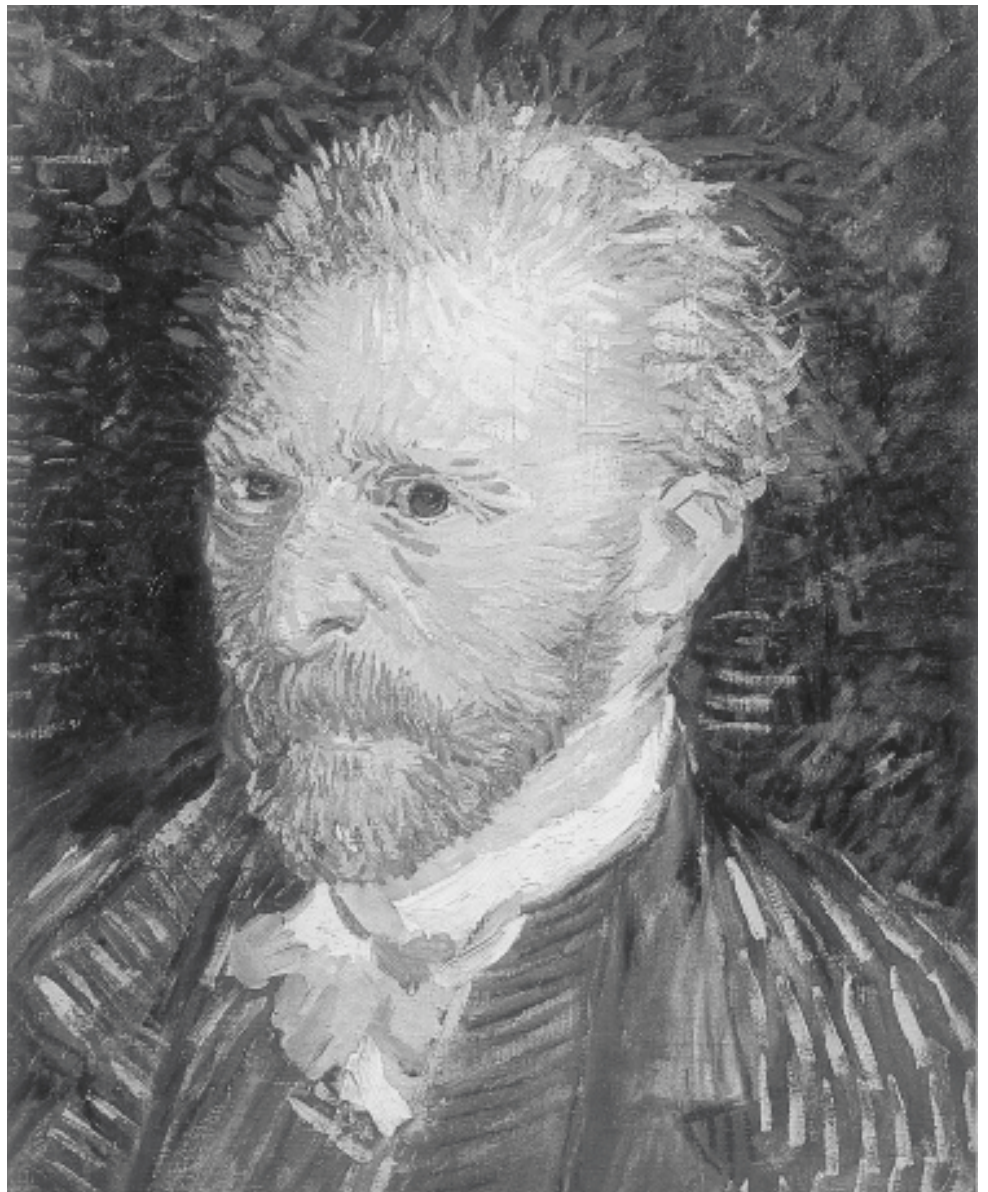
Primerounas palabras acerca de la idea de genio. Refiérese ésta no a los logros, sino al camino para alcanzarlos: el talentoso y el genio alcanzan lo mismo, sólo que el genio lo hace de manera enigmática, relampagueante, incomprensible, genio es ante todo enigma. Digamos que el talentosísimo Ingres, por ejemplo, paso a paso, educando el ojo, matizando más y más el dibujo, alcanza la misma grandeza que el turbulento Van Gogh, pero este último lo hace brusca, misteriosamente, digamos que a saltos incomprensibles. Por eso Van Gogh, y no Ingres, es prototipo del genio.

El loco también es incomprensible, ha transgredido las lindes de la razón y nues-

tra comunicación con él se hace limitada e incompleta. Es enigmático. Pero tratamos de romper el cerco y alcanzar alguna comprensión.

En este sentido Strindberg es más propicio que Van Gogh. Este último rechazaba su enfermedad, y por consecuencia silencio en sus maravillosas cartas a Theo toda información, digamos, de psicopatía,

en cambio la enfermedad de Strindberg es, por decirlo así, pública y extrovertida, y puede ser rastreada día a día en su modo de ser, es una especie de desmesura o hipérbole de ese modo de ser, ante el que Jaspers no oculta su más vivo desagrado, lo mismo ante los escritos que cuando rastrea minuciosamente apetitos de grandeza, delirios de celos e incansables manías



Vincent Van Gogh, *Autorretrato*, 1887

persecutorias, que van desenvolviéndose en el desdichado dramaturgo, ese odio ciego a las mujeres, ese miedo de que ellas lo despedacen, le arranquen la cabeza como a Orfeo (cabeza que las bacantes arrojaron al río y cortada se deslizó por la corriente cantando).

Pero, claro, lo notable, y diría lo genial de Strindberg, no yace en sus padecimientos sino en la minuciosa lucidez y elocuencia con que los describió en sus libros y dramas. En este sentido, su capacidad de alegato y denuesto es extraordinaria, pues domina como pocos en arte de hablar furioso. Y es cierto que ese tono expresionista y extraño que con frecuencia tienen sus obras de teatro no lo tendrían sin las ráfagas de locura que atravesaban su proceloso e incansable espíritu.

Van Gogh es otra cosa. Muy religioso, apasionado, de autenticidad acérrima y difícil, a veces insoportable. Como se sabe, pudo dedicar tan solo menos de diez años a la pintura y en ese corto lapso logró una obra prolífica, asombrosa que goza en la actualidad de la mayor devoción y popularidad. La demencia lastimó y, finalmente, condujo a la muerte a Van Gogh, pero también dio pasión a su brazo y fuerza a esas pinceladas traspasadas de brío exacerbado.

Sólo quisiera explorar un aspecto de su muy divulgada, aunque infiel y supersticiosa, existencia: la famosa mutilación de la oreja. Hay diferentes hipótesis: algunos afirman que fue porque no soportaba la simetría de su cara, otros que fue como resultado del ataque de cólera que lo llevó, con la navaja desenvainada hasta el borde de la cama de Gauguin. Alguien más sostiene que fue un regalo, atroz, que le dio a una prostituta del burdel donde fue a entregar la oreja mutilada. Pero nada de esto parece cierto. Cuando se acercó a la cama de Gauguin bastó que éste le dijera “qué estás haciendo, vete a tu cama, es hora de dor-



Johan August Strindberg, 1912

mir”, para que Van Gogh regresara como niño a la cama y se durmiera. Eso del regalo o eso de la simetría no es coherente con las conductas habituales del maestro pintor. La respuesta está, creo, en las *Memoirs* del *dealer* Vuillard en las que se lee que Van Gogh oyó de casualidad una conversación entre dos prostitutas, el habla expresiva de las mujeres lo horrorizó y le hizo recordar el precepto bíblico “si una mano te ofende, córtatela...”. Y como el oído lo había ofendido, se cercenó la oreja y fue a dejarla con las muchachas platicadoras.

De todos modos, explica Jaspers, fue una crisis esquizofrénica y terminó con Van Gogh internado en el hospital que

después, ya mejorado, tan brillantemente pintara.

Hay una liga entre Van Gogh y Strindberg, y es Gauguin, quien hizo amistad con Strindberg en París, una amistad llena de controversias como era siempre el caso con el dramaturgo sueco. Gauguin respetaba los escritos del maestro sueco, porque, si no me equivoco, pidió a Strindberg que escribiera el texto del catálogo de alguna exposición suya.

Quiero terminar diciendo que la lucidez y transparencia de la prosa de Jaspers son ejemplares, el libro es muy informado y erudito, pero se deja leer como apasionante novela. [U]

El loco también es incomprensible,
ha transgredido las lindes de la razón y nuestra
comunicación con él se hace limitada.